



ALVAREZ QUINTERO



RUIDO
DE FALDAS

PQ6601

.L8

R8

666.01

84735



1020027488



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FUNDO
RICARDO COVARRUBIAS

RUIDO DE FALDAS

INSTRUMENTOS Y FONDOS DE INVESTIGACION
DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

RUIDO DE FALDAS

_____	Clase
_____	Num. An.
_____	Num. An.
_____	Proced.
_____	Presio
_____	Nota
_____	Clasific.
_____	Categor.

SERAFIN Y JOAQUIN
ALVAREZ QUINTERO

RUIDO DE FALDAS

(ENTREMESES Y PASOS ESCOGIDOS,
CON UN PROLOGO SOBRE EL FEMINISMO)

(SEGUNDA EDICION)



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

LIBRERIA Y EDITORIAL RIVADENEYRA
AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 8.
MADRID

32694

Núm. Clas

Núm. Autor

Núm. Adg.

Procedencia

Precio

Fecha

Clasificó

Catalogó

862.62

A473-r

32694

- 8 -

[Handwritten signature]

862
A2

PQ6601
.L8
R8



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSO XIII
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:
Es propiedad.
Reservados todos los derechos.

97982

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.)—Paseo de San Vicente, n.ºm. 20.

3888

EL TRABAJO DE LA MUJER

CONFERENCIA LEÍDA EN EL TEATRO DE ESLAVA,
DE MADRID, EN FEBRERO DE 1917

temos de escribir también lo que se nos ocurre
aunque, como ahora, no pagamos sino impo-
sición.

En nuestro caso particular, no obstante, se
explica de una manera lógica que sustituyamos
la lengua por la pluma. Somos dos o dirigidos
la palabra. Hablamos de palabras dos a un
tiempo? Sea una palabra, sea una letra

SEÑORAS Y SEÑORES:

Un ilustre crítico, persona de espíritu sutil y observador sagaz de las costumbres literarias, decía, al comentar la interesante conferencia que en este mismo sitio dió noches atrás el admirable autor de *Canción de cuna*, que aunque pasa por axiomático que España es tierra de oradores, cuando llegan estas ocasiones, las gentes de letras solemos echar mano de las cuartillas. Y es verdad. Y tal vez una de las razones de este fenómeno es la que apunta con su habitual perspicacia el aludido crítico. Tememos, sin duda, no expresar nuestro pensamiento, confiando la expresión a la palabra hablada, con la exactitud y los matices de que nos creemos más seguros empleando la palabra escrita, siquiera sea porque nuestro hábito es el de escribir y no el de hablar.

Sin embargo, los autores dramáticos parece que deberíamos aprovechar la coyuntura para hablar por nosotros mismos, ya que nos pasamos la vida haciendo hablar a tantas gentes de distintas calañas. ¿No es cierto? Pues no, señor;

hemos de escribir también lo que se nos ocurra, aunque, como ahora, no hagamos sino improvisar.

En nuestro caso particular, no obstante, se explica de una manera lógica que sustituyamos la lengua por la pluma. Somos dos a dirigirnos la palabra. ¿Habíamos de hablar los dos a un tiempo? Sería una algarabía; sería hasta una falta de educación. ¿Había de hablar uno primero y permanecer el otro callado, como en misa, hasta que le llegara su vez? ¡Nunca! Ibamos a parecer personajes de una de estas comedias llamadas de ideas o de tesis, y ¡antes moros! Lo que no quieras para tus personajes, no lo quieras nunca para ti. Esto está en nuestro refranero del autor dramático.

Renunciamos, pues, a las indiscutibles ventajas del orador sobre el escritor en ocasiones como la presente, y nos encomendamos a vuestra inagotable benevolencia.

El origen de estas veladas parece como que impone o aconseja el tema que en ellas haya de tratarse; el cual, por cierto, es muy de nuestro agrado, es fecundo y rico sobremanera, y brinda con muy singulares y sugestivos puntos de examen y de vista. ¡El trabajo de la mujer! ¡La mujer!... Nosotros, acostumbrados por nuestra profesión de dramaturgos a concretar, a sintetizar, a expresar mucho en poco, así como pretendemos, verbigracia, pintar a un hombre o a una

mujer con un solo rasgo característico, gustamos también de pensar y de repensar hasta ver si damos con la frase, clara y y precisa, que condense en pocas palabras el resultado de un minucioso y detenido análisis. Y por lo que toca al trabajo de la mujer, creemos haberla hallado. Es ésta: el mayor trabajo de la mujer es aguantar al hombre.

Antes de pasar adelante, vaya una advertencia. Al empezar la vida, teníamos por igual una buena idea de hombres y mujeres. Andando el tiempo, pródigo en venturas y desventuras para nosotros, hemos rectificado la idea primitiva, y hoy es alto y grande nuestro concepto de la mujer, y muy mediano el que nos merecen los hombres, dicho sea con perdón.

Mientras la mujer ha ido a nuestros ojos adquiriendo gracia, valer y encanto, el hombre cada vez se nos aparece menos interesante y más pequeño y egoísta. Hemos conocido infinidad de mujeres cuya vida es toda resignación y sacrificio. Cuando hemos encontrado por casualidad un hombre siquiera bueno y generoso, nos ha parecido estar en otro mundo.

Es claro que aquí encaja que ni de molde aquello de que cada uno habla de la feria según le va en ella. Pero a nosotros, aunque siempre oímos y respetamos a quien tiene opinión contraria a la nuestra (virtud, en verdad, poco española), en este punto de la mujer será muy difícil

que nadie nos convenza de que estamos en un error; porque al que nos viniera con el ejemplo de su propio hogar, y nos dijese poco más o menos: «Amigos míos, dense ustedes una vueltecita por mi casa, y verán canela, y modificarán su fina opinión acerca del sexo contrario. Mi mujer es una calamidad: no está nunca en su sitio; casi todos los días me quema el puchero; a los chicos necesito lavarlos yo; gasta lo que no gano; bebe, fuma, juega, habla como un carromatero...» A ese infeliz, a ese desventurado, le contestaríamos sin vacilar: «¿Y qué culpa tenemos nosotros de que se haya usted casado con un hombre?»

Nuestra experiencia del teatro ha venido en apoyo de la de la vida en general. En uno estamos. ¿Creeréis que en los teatros la mayor parte de los contratiempos, de las anomalías, de los zipizapes y zaragatas provienen del capricho o de la condición de las actrices? Nada más lejos de la verdad. Son ellos, los actores o los autores, los hombres, los que casi siempre lo enredan todo. Ellas suelen ser dóciles, inteligentes, aplicadas, buenas, cumplidoras de su deber. Muchas veces habréis leído o habréis notado por propia observación que un actor, por ejemplo, no sabe palabra del papel que se le ha encomendado en una obra. Pocas veces habréis observado o leído eso mismo de ninguna actriz. El *camelo*, eso que se conoce por *camelo* en la jerga de bastidores

y que viene a ser como decir «aristocrucia» por «aristocracia», «sardana» por «sardina», etc., cuando no un ininteligible balbuceo, es casi siempre privativo del sexo fuerte, menos dueño de su lengua, por lo visto, que el otro. Hay contadas actrices que se distinguen por sus *camelos*. En cambio, actores los hay muy famosos, y sus anécdotas se refieren de padres a hijos y van formando una tradición.

Finalmente, ¿pensaréis que la vanidad de las actrices, por tratarse de una cualidad esencialmente femenina, es superior a la de los actores y autores? ¡Jamás! El autor o el actor vanidoso lo es más que cien mujeres juntas.

No somos partidarios del feminismo. Lo consideramos hasta contrario a la naturaleza. El empleo de la mujer en la vida lo ha legislado Dios, haciéndola diferente del hombre, a quien se la dió por compañera. He aquí la palabra: compañera. He aquí la misión de la mujer respecto del hombre: acompañarlo. Emerson ha dicho que es como piedra de toque de una cabal civilización la influencia de las mujeres de bien. ¡Verdad profunda! Pero ¿cómo ha de realizarse esa influencia? ¿De qué modo, por cuáles medios la compañera del hombre ha de colaborar con él? ¿En qué forma se ha de manifestar su acción bienhechora? ¿En qué debe consistir su actividad, su esfuerzo, su trabajo? No seremos nosotros, faltos de toda seria preparación para ello,

quienes se metan a puntualizar, respondiendo a tan graves preguntas, y menos en este momento preciso. La ocasión y el lugar sólo nos permiten tocar de pasada esta compleja e interesantísima materia.

Si diremos que la mujer, en nuestro sentir, siempre ha de mantenerse en la preciosa esfera de su condición femenina, cuyos horizontes son infinitos y cuyos recursos son inagotables. Creedlo, mujeres: desde vuestro centro, que es el trono del mundo, no hay empeño que no ayudéis a conseguir, ni luz que no sepáis encender, ni lágrimas que no logréis enjugar, ni heridas abiertas en nuestras carnes para las que no tengáis bálsamo y medicina.

Uno de nuestros grandes hombres españoles, de los grandes de veras—este adjetivo, como todos, ha llegado a ser aquí moneda falsa—, Ramón y Cajal, en un estudio acerca del «Investigador y la familia», dedica palabras de entusiasmo y fervor a ciertas admirables parejas de hombre y mujer que conoció en el extranjero, y que funden su amor en una misma llama, su pensamiento en un mismo ideal y su trabajo en una común labor científica. ¡Divina y santa vida es esa! Pero caso raro y excepcional, que no puede nunca fundar ley para todos. Y en España, menos. Y en España estamos, a Dios gracias. Perdonen aquellos a quienes, hoy por hoy, parece que les importa más la patria ajena que la pro-

pia. (*Al oír estas palabras, S. M. el Rey asintió diciendo:—Es verdad. Muy bien.*) Y pensando en España, aconseja el insigne aragonés al sabio en cierne a quien le busca compañera, que se lleve a su casa una mujer modesta y sencilla, juiciosa, serena, humilde; capaz de comprenderlo y alentarle en su obra; capaz de hacerle grato y apacible el hogar, y capaz de sentir con él la alegría del triunfo; que cuando éste llegue—dice el maestro—, la gloria será para los dos, y una misma aureola iluminará dos frentes gemelas. El sabio trabajó como hombre, y la mujer del sabio lo acompañó como mujer.

Porque sin necesidad de haber meditado mucho sobre esta cuestión, ni de haberla estudiado hondamente, basta un poco de equilibrio sentimental y físico para llegar a una rápida conclusión, que se puede expresar en una de aquellas frases compendiosas de que al principio hablamos. A saber: ¡Dios nos libre de que la mujer parezca nunca un hombre! Nos opondremos siempre con todas nuestras fuerzas, aunque nos cueste la estimación de algunos amigos, a que la mujer intervenga en oficios, ejercicios y maleficios que fueron siempre y serán de por vida inherentes al varón y propios de él. ¡A qué absurdos nos conduciría toda otra cosa! ¡Qué espanto llegar a nuestra casita, soñando con la mujer amada, y encontrarnos en lugar de ella a un tierno concejall! ¡Por tierno que fuesel!

—¿Cómo está el nene, vida mía?—le preguntaríamos.

—No lo sé, corazón—nos contestaría—. No he tenido cabeza para ocuparme de él... ¡Me trae sin sueño el asfalto de la carrera de San Jerónimo!

—¡Imposible! Se ponen los pelos de punta.

La mujer es y será toda la vida diferente del hombre, a Dios gracias; nada de *superior* ni de *inferior*, sino otra cosa; y no porque ese sea nuestro capricho ni nuestro ideal femenino, sino porque, desde el Génesis, es así.

La acción de la hembra en el mundo ha de ser siempre muy distinta de la del varón; ha de estar conforme con su condición de mujer, con su naturaleza fisiológica y psicológica, so pena de exponerla, de lo contrario, a todas las deformaciones morales en que dan los hombres en la dura y cruenta lucha de las pasiones que trae consigo el afanoso vivir.

Hablando doña Concepción Arenal (esa egregia escritora, cuya opinión en estas materias tiene un valor extraordinario, por lo mismo que fué tan ardiente y apasionada defensora de todos los derechos de su sexo), hablando de la mujer que desempeñase en lo porvenir la función de letrado, dice que jamás le daría el cargo de juez, y no porque no esperase mucho de su rectitud y de su firmeza, sino por no provocar una lucha continua entre su deber y su corazón, y porque

su nombre no estuviese nunca al pie de una sentencia aflictiva. «Su mano—la de la mujer, agrega—ha de enjugar lágrimas, no ha de hacerlas asomar ni aun a los ojos del criminal; no le ha dado Dios su voz suave para que formule fallos terribles.»

Y luego, discurriendo acerca de la mujer política, principal obsesión de algunos feministas exaltados, dice estas admirables palabras, que hacemos nuestras, porque sustancialmente concuerdan con cuanto nosotros, sin ninguna autoridad en el asunto, y refiriéndonos a la acción de las mujeres en general, exponemos:

«Si no por siempre, por mucho tiempo, por muchos siglos, la política será militante, y si la mujer toma parte activa en ella podrá verse envuelta en sus persecuciones, y la familia dispersa y los huérfanos sin amparo. Necesita ser neutral, sagrado, el hogar que custodia la mujer; allí debe estrellarse el oleaje de las pasiones políticas, vivir en paz el padre del rebelde, el hijo del proscrito, y acogerse los vencidos, sean quienes fueren.»

Y la mujer, ser inteligente, ¿no ha de tener opinión ni influencia en una cosa tan importante como la política? Puede pertenecer a una escuela, puede tener opinión o influir en la de los otros por muchos medios eficaces, pero no quisiéramos que tuviera partido ni voto. ¿Le necesita, por ventura, para contribuir poderosamente

te al triunfo de sus ideas? De ningún modo. Cuando sea ilustrada, influirá en la política, *aunque no tome parte directa en ella, porque influirá en el voto del hermano, del esposo, del hijo, del padre y hasta del abuelo.*

Quédele al hombre el desdichado monopolio de todas las luchas, de todas las guerras, de todas las iras; la misión de la mujer sea de paz, y aliada natural de todo el que sufre, vuélvanse de su puerta todos los perseguidores.

En cuanto a los trabajos en que hoy se emplean muchas mujeres en las naciones que se llaman cultas, y aun en la propia España—a veces más culta que ninguna de las demás, porque es más humanitaria y más piadosa—, convengamos en que puedan ser y sean un refugio, un amparo contra la orfandad o el abandono, o una defensa contra el hambre o el vicio; pero no un sueño de civilización. Hombres y mujeres, aunque muy despacio, ¡ay, muy despacio!, caminamos o nos parece caminar hacia una perfección todavía remota, lejana... Pero si llega un día en que el espíritu de la humanidad se purifica en su grado extremo y presta entonces a sus acciones todo el aliento que tiene de Dios, en ese día, en esa civilización ideal, no trabajarán las mujeres. Porque a nosotros nos estremece y nos angustia verlas, verbigracia, en los campos de Andalucía o de Galicia vareando olivos, escardando la tierra o con cargas de bestia sobre sus hombros

bellos; pero, la verdad, no se nos antoja en rigor mucho más *progresivo*, venga de donde venga, ese encerrar a las mujeres, como tristes esclavas, en oficinas antipáticas y odiosas, sin el calor ni la atmósfera de cordialidad de algunos talleres, y en las cuales se ajan, se marchitan, se extenuan y son miserablemente explotadas.

¿Necesidad? De acuerdo. ¿Misión suya en la tierra? Nunca.

Y no se nos responda, empleando el argumento que la trágica actualidad ofrece, con lo que en estas negras horas de barbarie pasa en el mundo civilizado.

Ya sabemos, ya, que por falta de hombres, miles de madres se emplean ahora en fabricar balas y más balas para matar a millones de hijos de otras madres. Pero han tenido que faltar los hombres para eso; ha tenido que llegar la Humanidad a un inconcebible límite de locura, a una espantosa borrachera de sangre que le ha oscurecido la razón, y que será en lo porvenir su ignominia y su remordimiento. Lucha fratricida, desesperada, colosal, grande sin grandeza en sus móviles íntimos, dejará tras de sí un rastro imborrable de odio; pero difícilmente engendrará ninguna ley que nos hable de ternura y de amor. Algunas naciones principian a preocuparse actualmente de la necesidad de su repoblación, ante la interminable matanza. Innumerables madres anhelan ahora con mayor ilusión que nunca

tener muchos hijos. ¿No es gravemente trágico que ese deseo de maternidad, que debiera ser santo, renazca al estímulo del espantoso espectáculo de esta guerra? ¿No estremece pensar que en el tibio aire que envuelve las cunas tiemblen cantos de exterminio y de sangre? En nuestra brava España, y en memorables ocasiones, también nuestras mujeres, poniendo a prueba su heroísmo, se han batido defendiendo a su patria. ¿Querrá esto significar jamás que las mujeres españolas hayan nacido para batirse? Ni pensarlo siquiera. En todo caso, para que los españoles nos batamos por ellas. ¿Verdad?

«Confórmate, mujer...»—ha dicho un poeta americano...

Confórmate, mujer: hemos venido
a este valle de lágrimas que abate,
tú, como la paloma, para el nido,
y yo, como el león, para el combate.

¡Los poetas! ¡La poesía!... ¿No es casi la negación de la poesía de la mujer el feminismo? Y aun sin llegar a una aseveración tan absoluta, puesto que

mientras exista una mujer hermosa,
habrá poesía,

es posible que al masculinizarse la mujer, al confundirse un poco con el hombre en su acción y tráfico en el mundo, origine otras nuevas fuen-

tes de poesía; acaso los poetas acierten a crear a su contemplación figuras hermosas llenas de original hechizo; pero ¿no es cierto que siempre serán menos dulces, menos delicadas, menos conmovedoras, menos ideales, menos femeninas últimamente, y claro está que, por lo mismo, menos bellas para nosotros, que aquellas que hicieron llorar a Musset y soñar a Bécquer?

¿No es cierto también que siempre nos parecerán a los hombres más atractivas, más humanas, más conformes a su divino origen y a su sagrado destino en la tierra aquellas otras hermosas con suprema hermosura, santas sin altar, hermanas de las que cantaron el tierno y sencillo Gabriel y Galán, y Maragall el grande, el noble el efusivo?

Todo lo pudo la mujer cristiana,
logrólo todo la mujer discreta,

exclama el poeta castellano. Y el catalán, exaltador perenne de la familia, le dice a la esposa:

¿Qué es lo que hay en tu fecundo seno
que llena tu semblante de luz viva?
Los días del gran misterio están contados.
Dame, ¡oh mujer!, el hijo de mi vida.

Y perdónesenos la libertad de la traducción.
En cambio, y volviendo a la mujer que dice que quieren que sea la del porvenir, suponga-

mos que a una doctora en Medicina y Cirugía le dice un poeta:

¡Llora! No te avergüences
de confesar que me quisiste un poco.
¡Llora! Nadie nos mira.
Ya ves; yo soy un hombre... ¡y también lloro!

Pues es claro como la luz que se expone a que ella le conteste, bien que con palabras de otro poeta:

Sé que el rubor que enciende las facciones
sólo es sangre arterial;
que las lágrimas son las secreciones
del saco lacrimal;
que la virtud que al bien al hombre inclina
y el vicio, sólo son
partículas de albúmina y fibrina
en corta proporción.

Y en vez de un diálogo amoroso, apasionado, en que hablasen suspiros y lágrimas, se trazaría entre los amantes una discusión de Ateneo, ¡y adiós poesía!... ¡Adiós, al menos, la poesía del amor!

¿De modo—nos preguntará probablemente alguna amiga feminista, cuyos pies besamos—que, según eso, ustedes creen que la mujer no debe ilustrarse, no debe estudiar, no debe ser culta, ni debe, en un momento dado, poder emanciparse del hombre?

Vengamos, primero que a nada, a este chis-

toso toque de la emancipación, afirmando que una mujer sin hombre es golondrina que no hace verano, y que nunca se legisló para las excepciones, como hemos dicho antes. No hay que darle vueltas: no hay emancipación que valga; hemos nacido mujeres y hombres para caminar juntos, aun cuando parezcamos más separados. Y respecto de esos deseos de emancipación que sienten algunas, esas que tachan al hombre de su tirano o su enemigo, ¡qué poco eco encontrarán eternamente entre la mayoría! No hay tan seguro saber como el del pueblo, y el pueblo lo ha dicho en una copla:

El demonio son los hombres,
según dicen las mujeres,
y por eso quieren ellas
que el demonio se las lleve.

Cosa muy distinta es lo que atañe a la cultura e ilustración de la mujer. Desde el momento en que creemos que ha de ser compañera del hombre, ¿cómo podrá serlo de un hombre de estudio, verbigracia, la que no sepa el a b c? ¿Cómo podrá colaborar con él ni prestarle aliento en el camino, si no lo entiende? En ese caso, como en cien otros, la mujer es natural que necesite ser ilustrada; que deba serlo... Lo que no debe nunca es querer suplantar a su compañero. Entendámonos: no es conveniente, o por lo menos es un tantico peligroso, que la mujer *sepa* más

que el marido. Bien está que estudie, que se instruya... que lea... pero bien está también que se cuide los ojos, con cuya belleza atrajo al hombre.

En otros términos, y apelando a una imagen: un roble y un rosal no deberán nunca cultivarse de la misma manera, ni nunca podrán confundirse ni parecerse.

Y si la mujer estudia y piensa, ¿por qué razón no ha de intervenir directamente en los afanes de los hombres, en sus luchas, en la formación de las leyes que han de regir la sociedad, en la dirección de los destinos de su patria? Pero ¿en serio cree quien esto pregunte que no le basta a la mujer con la intervención indirecta y constante que tiene en todo movimiento del hombre, como ya se apunta en las palabras transcritas de doña Concepción Arenal? Pues está en el caso de los tenorios que, figurándose que conquistan a la mujer, son generalmente conquistados por ella. Esto es tan viejo como el aire. No da el hombre un paso que, de un modo consciente o inconsciente por su parte, no obedezca a un impulso de la mujer. La mujer gobierna; la mujer manda. Lo eterno femenino... es eterno. En castigo de esta disimulada tiranía, tiene el trabajo de aguantarnos a que nos referimos al comenzar. Pero dirigiéndonos a su antojo casi siempre, se venga ella de nuestras traiciones, de nuestro egoísmo, de nuestra liviandad...

¡Oh! El tema es muy complejo y se presta a distingos y consideraciones que no tenemos tiempo de hacer ahora. La conclusión es que, desde su sitio de mujer, sin necesidad de convertirse en varón para nada, ni de entrometerse en funciones impropias de ella, influye cuanto quiere en la marcha del mundo... Para ello cuenta con todas las armas, y todas las emplea oportunamente: desde la amenaza hasta la súplica; desde la insinuación hasta la exigencia; desde la cólera hasta el llanto; desde la coquetería hasta la burla; desde el desdén hasta el amor, y desde el puñal hasta el beso... Armas muchas veces también invisibles y ocultas, que aun a ciegas y en sombras saben buscar nuestro corazón...

Vais a ver ahora, después de oír estas deshilvanadas palabras, una comedia nuestra, en que todas las mujeres de un pueblo se empeñan en una cosa y la consiguen... «Quien ha visto un pueblo ha visto un reino.» Y lo que quiere la mujer lo quiere Dios, según la bella frase de un gran filósofo francés.

Terminaremos recordando aquí una quintilla que en cierta fiesta le dedicamos a una gentil actriz, famosa por la sutileza y ductilidad con que interpreta los tipos femeninos más opuestos, ponderándole su arte y su persona:

Mujer antes de nacer;
creadora de mil mujeres;
mujer en todo tu ser...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO M. YLES"
1625 MONTERREY, MEXICO

¡Siempre mujer! ¿Qué más quieres para tu elogio, mujer?

Lo que significa que si llega un día desgraciado en que las mujeres de la tierra parezcan hombres, nosotros emigraremos a otro planeta. ¡A Venus, a Marte, al que nos coja más a la mano; pero emigraremos a otro planeta! Con las mujeres de este bajo mundo que nos quieran acompañar, y para las cuales, en este y en todos, eso sí, anhelaremos y pediremos siempre cuantas leyes las amparen, las defiendan y las enaltezcan.

Amable y bondadosamente se ha calificado este trabajo de conferencia en los anuncios publicados de él. Ya habéis visto que sólo se trata de unas ligeras observaciones escritas sin orden ni plan alguno. Vuestra indulgencia sabrá salvar el espacio que media entre lo que esperabais y lo que os hemos ofrecido.

Y permitidnos, mujeres españolas, antes de poner punto final, que os demos un consejo.

Es imposible sustraerse al deseo de dároslo, ya que hablamos por vosotras y para vosotras, en estos instantes de peligro, de angustia y de zozobra en que pone a España la universal hecatombe.

¿Cuál debe ser en estos instantes vuestra mi-

sión, vuestra conducta, vuestra obra? ¿Cuáles vuestras palabras? O, preguntándolo de otro modo: ¿A qué mujeres españolas os debéis parecer en estas circunstancias, no parecidas a ningunas? Muchas hay que os sirvan de ejemplo o de lección: desde Isabel de Castilla, que ensanchó el mundo, hasta Teresa de Jesús, que agrandó el cielo.

Pero nosotros nos atrevemos a aconsejaros que, más modestas en vuestra elección, imitéis a dos buenas mujeres, altamente españolas, avisadas, humildes y llenas de sentido común. Nos referimos a la sobrina y al ama de Don Quijote. Y si por dicha, tenéis en vuestra casa un caballero andante, que sí lo tendréis, decidle, poco más o menos, así:

«—No acaricie vuesa merced con los ojos, señor y amo nuestro, la lanza y la espada de sus pasadas desventuras, que parece que el alma se le va tras ellas como si le acometiera el afán de empuñarlas de nuevo; mire que aun tiene el cuerpo lleno de cicatrices y de bizmas. Recuerde vuesa merced lo que le ocurrió cuando, engañado por unos y otros, y por las voces de su corazón, siempre alerta, y por sus libros embusteros, fué a defender aquellas ínsulas famosas, tan suyas como su propia sangre, porque fueron ganadas por su genio y por su fuerte brazo.

Recuerde que los caballeros andantes que ahora pelean vieron tranquilos la desigual con-

tienda con el enemigo gigantesco, y, cruzados de brazos, se mofaron de vuesa merced. Y los unos dicen que tienen armas poderosas y que por su derecho batallan, y los otros cuentan que combaten por la libertad y por la justicia. Pero no hubo entonces mano de ninguno que buscara una lanza para defender a vuesa merced, ni voz que se alzase, como se alzó la de vuesa merced tantas veces, gritando: «¡Alto! ¡Ténganse todos, si todos quieren quedar con vida!»

Presenciaron el inicuo despojo de un caballero andante de tan noble fama como vuesa merced, y vieron repartirse el botín, y luego se volvieron de espaldas.

Recuerde, señor, esto que le decimos: no se meta en nuevas aventuras, mire un poco por sí, repare prudentemente sus fuerzas cansadas y hágase pastor y cuide de su majada, de su rebaño y de sus tierras.»

HERIDA DE MUERTE

PASO DE COMEDIA